

## ANASTASIA

Entraba por la puerta color marrón con cara desdibujada. Había visto a su madre a la salida del bar. La madre lucía un traje blanco, con broderie en los puños; sombrero de encaje blanco y pequeñas flores rococó rosadas. Sus texturas y flor preferidas. Caminaba con elegancia, mientras ingresaba a la torre del campanario de la Iglesia, en la única plaza del pueblo.

Anastasia se sentó en el sillón de cuero rojo y, mirando por la ventana las palomas volar desde el techo semi destruido, hacía una respiración profunda por cada campanada que se escuchaba a lo lejos; aquellas marcaban las doce del medio día. Su presencia seguía estando en esa melodía. El ladrido de Kim, pidiendo su almuerzo, la trajo de regreso. La sala se oscureció.

En el horizonte, las nubes, de color gris plomo, jugaban carreras para posicionarse sobre la colina, mientras el sol pintaba, de brillantes colores, las pequeñas casas aisladas entre los campos amarillos, listos para cosechar.

Corrió hacia el jardín. Tomó la canasta y se arrodilló al lado de la huerta.

Las primeras gotas humedecieron la tierra; el perfume de los tomates y la albahaca fresca despertaban todos sus sentidos. Mirando al cielo, mientras la ligera lluvia de verano caía sobre su rostro, gritó con toda su fuerza ¿por qué? Apretando sus manos, en señal de plegaria, no dejaba de repetir ¿por qué?

La lluvia cesó y el arcoiris se dibujó en el cielo. Un fuerte viento se llevó las nubes y se podía oler, en el aire, la lluvia, desde algún lugar cercano.

En verano, el epicentro de la casa es la galería. Se observa un techo acristalado que descansa sobre los tabiques de madera color gris y una tela de arpillera que cuelga en tres pliegues sirviendo de media sombra; en ésta época del año, ambos combinan con los muros rojizos de ladrillo visto.

Las dos puertas ventanas, que son el ingreso a la cocina y a la sala, están pintadas en color verde menta.

Todos los detalles están perfectamente estudiados y diseñados: en un lateral, se encuentra la mesa con cuatro sillas y dos amplios asientos en las cabeceras mientras que, al otro lado, dos sillones hamaca de mimbre, con apoya pies y una mesita central, conforman el área de descanso.

El color verde es predominante en almohadones y telas, todo se integra de forma armónica con el resto del jardín. En la repisa se ubican los viejos frascos que le regaló la farmacéutica, cuando la modernidad llegó al pueblo; por debajo, descansa la mesa realizada con la estructura de la máquina de coser, base de hierro y tapa de madera pintada. A su lado, se observa el canasto vertical con los cuatro bidones metálicos que antiguamente se utilizaban para trasladar la leche.

Mucha historia envuelve el lugar.

Kim duerme en uno de los sillones custodiando su hueso de cuero.

Anastasia comienza a caminar por el parque alrededor de la casa.

En cada vuelta ve cómo Philippe la mira desde el balcón de la casa del árbol, ubicada en la higuera.

No hay niños, pero esa casa es el recuerdo permanente de aquel proyecto truncado.

Hoy, los gatos se han adueñado de ella.

Anastasia realiza sus caminatas tres veces al día, siempre que el tiempo lo permita.

Habla consigo misma, puede mirar sin ver.

Al finalizar, se sienta en el otro sillón, revolviendo la tisana de jengibre y limón. Toma los lentes y se dispone a leer uno de los libros de su lista.

Inmersa en las historias ajenas, no necesita ver las agujas del reloj para saber que el tiempo ha pasado.

Las luces tenues de la galería, que marcan el perfil del techo, se encienden solas cada noche.

Ella comienza su última caminata y, al regresar, enciende las velas que le dan a aquel lugar un toque místico, un tanto misterioso para los vecinos curiosos que pasan caminando por la ruta y se detienen para agarrar las ciruelas y los higos de las ramas que caen al otro lado del alambrado.

La vida de Anastasia es de ella, nadie más allá de sus animales puede comprenderla y acompañarla.

Desde lejos se escuchan los ladridos de los perros, eso indica que alguien se aproxima.